

**FERNANDO  
VALLEJO**

**El don de la vida**



El texto está dedicado a un examen interdisciplinario y desde múltiples registros del tema de la muerte, que es central en la obra del autor y asimismo protagonista y eje estructurante de *Entre fantasmas* y *La rambla paralela*.

*El don de la vida* es también un alegato a favor de la pederastia, pero no se suma a satanización por esa causa de la Iglesia católica que por otras causas sí condena con severidad. De hecho, la novela es en buena medida una diatriba contra las autoridades, en particular los altos jefes políticos y religiosos, como los papas o los presidentes de Colombia. También se lanzan duras críticas e invectivas contra figuras ampliamente reconocidas y apreciadas de la ciencia y de la literatura, como Einstein, Borges, García Lorca, Shakespeare, García Márquez o Gandhi.

En el texto se retoman en fin otros temas centrales de la obra de Vallejo, como la promoción ética del vegetarianismo o la defensa de los derechos de los animales.

El lenguaje utilizado en el libro tiene la marca de la oralidad, en particular de los comerciantes locales conocidos como *culebreros*, sin perjuicio del empleo de las figuras y dispositivos estéticos que el autor ya había descrito en *Logoi*. En su confrontación al espíritu biempensante, el narrador y el protagonista suelen emplear palabrotas, en particular de la variante del español empleada en la región paisa.

—¿Quién tiene la verga más grande en este bar de maricas? —pregunté al entrar todo borracho y me trajeron a un muchacho.

¿De diecisiete años? ¿De dieciocho? ¿De diecinueve? Ya no me acuerdo. De más no porque no me gustaban de más entonces, ahora es otra cosa. Pero como no estamos hablando de ahora sino de entonces... Sigamos entonces con lo de entonces. Me lo llevé a mi apartamento, a unas cuabras de allí.

¿Y dónde era allí? ¿En la Calle Veinte o en la Veintiuno? ¿Con la Carrera Cuarta o con la Quinta? Por esos lados, en el sucio centro de Bogotá mugrosa. Era un apartamento frío y desolado, con dos camas por todo mobiliario: en una dormía mi hermano Darío con su amiguito de turno; en la otra yo con mi hermano Silvio que al sentirme llegar, semidormido, se corrió hacia el borde para dejarnos a los importunos el resto de la cama y de la noche y volvió a su sueño.

Atropelladamente le fui quitando la ropa mientras él me iba quitando la mía y nos besábamos: la camisa, los zapatos, las medias, los pantalones... Cuando le quité los calzoncillos se levantaba hacia ti, Padre Eterno, inabarcable en la boca, en las manos y en el alma y a una cuarta del ombligo, el aparato sexual más grande que haya parido en sus putos días la puta tierra. O mejor dicho Colombia, que fue la que lo parió. ¡Cómo no te voy a querer, mamacita! Y a tus soldaditos de pelo rapado en cepillo que por años me levanté en tu Terraza Pasteur de tu Carrera Séptima. Ingrato sería.

Les ahorro la descripción del aparato en cuestión. Básteles saber que mi ardiente compatriota, engendrado tras una decantación genética de generaciones y generaciones por la estirpe de los burros en la vagina del trópico, era más bien afeminado y de raza mestiza como es Colombia, crisol de blancos con indios y negros y simios del que sale una abigarrada monstruoteca. Pero si esto es así en lo general, en lo particular las ciegas leyes de la herencia habían logrado en mi muchacho un prodigio. ¡Ni en el Atlas de los bereberes, al sur de Andalucía, en el jardín de Alá!

En cuanto al afeminamiento, he de decir que se sumaba al milagro, y la fiebre se me subía a la cara. Había encontrado en él al hombre de mis hombres en la mujer de mis mujeres. Hoy ese prodigio de la naturaleza estaría trabajando en España de travesti ganando millones. Pero ay, hoy no es ayer ni Colombia es España. Para Colombia, que escupe a la felicidad y me mira como a un paria, mi tesoro de esa noche era uno más entre muchos.

¿Y cuántos años tendría el paria cuando lo que cuenta? ¿Veintitrés? ¿Veinticuatro? ¿Veinticinco? Veintitrés porque ya había regresado de Roma de estudiar cine y aún no se iba a Nueva York a lavar inodoros. No tenía con qué comer ni con qué pagar el apartamento, y poco después habría de terminar en la calle durmiendo con los mendigos y los perros. Imposible conservar al muchacho. Y así, no bien amaneció, el hijo de Príapo, señor de las burras, se vistió, salió y se fue, con su puta verga de la puta vida del pobre paria. *Ite missa est*. Para ser marica, compadre, hay que ser rico; al pobre estas exquisiteces no le obligan.

¿Y por dónde andará hoy el muchacho, o mejor dicho el viejo? ¿Ya mi señora Muerte lo habrá acogido en su seno y mis hermanos los gusanos se habrán dado el gran festín con su aparato? Si sí, para anotarlo en mi libreta de los muertos, que va en seiscientos cincuenta y siete contando abuelos, abuelas, tíos, tías, primos, primas, hermanos, hermanas, padres, madres... Más amigos, enemigos y conoci-

dos vistos al menos una vez, pero eso sí, en persona (no en televisión), a una distancia máxima de cuadra y media que es hasta donde me dan los ojos. ¿Y cómo anotamos al muchacho, si ni el nombre le pregunté? ¡Como sea! Por ejemplo, con una perífrasis que diga: «El muchacho ese de la cosa esa de la noche esa del bar ese de la ciudad esa». Y ya sé quién es. Y ustedes.

Darío y Silvio no necesitan presentación, ya los presenté en otros libros. En cuanto a Colombia, ¿quién no nos conoce en este vicioso planeta? Cuando hice un viaje por el sur de Europa con mi hermano Carlos (el quinto de veinte, el alcalde) nos preguntaban que de dónde éramos, por ejemplo en Skopje.

—De Medellín —contestábamos.

—¡Ah, la del cartel!

Se pasaban el índice y el pulgar por la nariz trazando en el aire una rayita y se reían. Éramos tan famosos en Skopje por la línea blanca como las pereiranas en Salónica por putas.

¿Sí se acuerda, compadre, que el otro día le conté que de joven había estudiado cine en Roma? Pues en ese viaje que le digo volví a Roma después de veinte años de ausencia. Veinte, que se me hicieron una eternidad. Ahora bien, han pasado veintisiete desde el viaje y fíjese, es como si éste hubiera sido ayer. Se me fueron como un fósforo prendido. Moraleja: con la vejez el tiempo se echa a correr y los años se nos vuelven meses y los meses días. El niño es una piedra estulta, el viejo una pavesa que se lleva el viento. He ahí, resumido, el libro que voy a escribir para dedicárselo a usted: un tratadito sobre la vejez y sus miserias en que Cronos se enloquece y se tira al río. ¡Cuánta agua no ha arrasado el río bajo el puente y cuánto tengo que contar! Lo que me falta es ganas... Todo se acaba, compadre. Hasta las ganas. Mire, mire ese muchachito que va cruzando el parque. ¡Qué belleza!

—¿Dónde, por Dios, que no lo veo?

—Por la estatua.

—¡Ah, pero si no es un muchachito, es un niño!

—¿Llama usted niño a uno de doce años? ¡Eso lo que es es una fiera sexual! No se me vaya a poner ahora más papista que el papa... ¿Pero dónde iba, que me perdí?

—Perdido siempre ha estado. Iba en Roma.

Ah, sí, en Roma, donde pasé año y medio estudiando cine de muchacho pero me tuve que volver a Medellín porque me mataba la nostalgia. ¿Y sabe a qué volví? ¡A extrañar a Roma! No había noche que no soñara con ella. *Con le sue marchette...* ¿Que sabe qué son? Los muchachos prostitutas que se vendían en las noches del Coliseo por moneditas: *soldi spiccioli*. ¡Qué mugrosos, pero qué bellezas! Usted habría sido feliz con ellos pagándoles centavitos. Pues bien, me veía envuelto en las tinieblas de ese agosto matadero de cristianos, o extraviado en un dédalo de callejuelas vetustas, orinadas por el Tiempo, tratando de orientarme, de encontrarme, de salir a la plaza Navona donde vivía mi paisano Roberto Triana, el cineasta, que ya murió y que ya puse (con placer pero ¡ay! con dolor) en la libreta. Poco a poco los sueños se fueron espaciando hasta que un día, sin darme cuenta, la ciudad de los césares y de los papas, la más puta y corrupta y cínica que haya parido en su demencia la Historia, se me borró hasta del inconsciente. ¡Qué inconstancia la mía! Todo lo dejo. Dejo el puente, dejo el río, dejo el caserío. Y ahora voy de curva en curva por esta carreterita inundada que lleva (si no nos manda antes el Padre Eterno un derrumbe que nos tape en medio de estos malditos aguaceros) a nuestra finca de La Cascada donde mi padre, engendrador irredento de hijos y de ilusiones, contaba de día vacas y de noche estrellas.

—¿Qué estrellita estás mirando ahora, papi? ¿La tuya o la mía?

Esa que miras no tiene dueño. Acaba de aparecer porque acaba de explotar y es Sanduleak, una supernova de la Gran Nube de Magallanes en las afueras de la Nebulosa de

la Tarántula, y cuya luz está empezando a llegar en estos momentos a la Tierra, fresquecita, hoy 23 de febrero de 1987, once de la noche hora de Colombia, después de ciento sesenta y ocho mil años de viaje, que frente a las tres horas y media que nos tardamos en venir de Medellín a La Cascada son muchos, pero frente a los quince mil millones de años que dicen que tiene esto los payasos del *Big Bang*, muy poquito: la chispa de un fósforo marca El Rey, orgullo de la industria colombiana.

Pero volviendo a Priapo y a su eyaculación (no se nos vaya a quedar esto en veremos, en un *coitus interruptus* que tan dañinos son para el cerebro), el chorro que lanzó hasta el techo el angelito de allí se fue escurriendo, escurriendo, sobre mi hermano Silvio que dormía, embadurnándole la cabeza: amaneció el pobre con el pelo engominado como un Gardel. ¡Qué bonito se veía! ¡Y pensar que fue otro de mis amantes efímeros! Algún día le contaré, compadre, cuando tenga tiempo y ganas, y el tiro que se pegó a los veinticinco años en la cabeza y con el que se despachó de este infierno a la nada de Dios. Pero no vaya a pensar que tuve culpa en ello. No. El tiro se lo pegó él en Medellín y yo desde hacía años vivía en México. Los culpables fueron mi señor padre que lo engendró, mi señora madre que lo parió y la puta vida que lo trastornó.

La brisa sopla apacible sobre el corredor delantero de Santa Anita, la finca de mis abuelos, tumbándoles las hojas secas a las azáleas. Un colibrí revolotea mientras mi abuela me lee a Heidegger, y yo me pierdo en su vuelo. He ahí, en ese vuelo, la esencia del Tiempo, que es el que está acabando conmigo. ¿O yo con él? Está por verse. ¡Qué prestigio el que tenía entonces Heidegger! ¿Y hoy quién se acuerda de él? Quedó valiendo menos que un burócrata sin puesto. No se vaya a dejar sacar, compadre, del empleo que tiene en la alcaldía, ¿eh?, que se jode. Aguante hasta que lo jubilen, que ya poco más le falta, y después... Después se entrega a hacer su real gana, lo que le cante el

culo, como yo. A ver pasar, por ejemplo, a todas horas desde estas bancas de desocupados del parque de Bolívar, muchachos baldíos, sin dueño. O a levantar el inventario de sus muertos, que hartos han de ser, aunque claro, menos que los míos habida cuenta de que usted es un poco más joven que yo, o mejor dicho, menos viejo. ¡Mire, mire los loros, qué hermosos! Volvieron a Medellín no se sabe cuándo ni por qué. ¡Vea cómo se agarran a picotazos con las palomas! Se creen los dueños de la catedral. Como los canónigos. Y no. Los dueños son las palomas, presididas por el Espíritu Santo, la paloma mayor, que es la que las comanda a todas. ¿Usted sí cree en el misterio de la Santísima Trinidad? Yo digo que es un *ménage a trois* de unos que se quieren. E incestuoso, pues el Hijo es el hijo del Padre, y el Padre es el padre del Hijo.

—¿Y la paloma?

—Es hija de ambos, la produjeron los dos.

—¡Qué misterio va a ser entonces esa güevonada! Lo que es es un amor muy intenso.

Hoy me siento muy cansado, como mareado. El mundo me da vueltas. ¡Pero claro, porque gira, se mueve! *E pur si muove*, como dijo Galileo. El engaño está en creer que está quieto. Nada está quieto, todo se mueve y lo que se mueve cambia y lo que cambia pasa y lo que pasa se olvida. ¿No cree que debo empastar mi libreta de los muertos? ¿O la dejo como está, sin tapa? El problema de una libreta así es su inconclusividad, el hecho de andar siempre en veros, esperando a ver quién cae. Hasta el día en que el que cae es el que la lleva, el inventariador. No me vaya a dejar, compadre, por favor, ese día la libretica inconclusa. Cuando mi señora Muerte venga por mí con su cauda de gusanos, me la cierra con mi nombre. Con este que no busqué sino que me pusieron, me impusieron, una mañana lejana como Sanduleak, en la pila bautismal de la iglesia del Sufragio del barrio de Boston donde nací y donde pasó mi infancia. ¡Cuánta agua no ha arrastrado el río desde entonces! El

Medellín, que en mi niñez era un río cristalino de alma limpia y que hoy es un turbio desaguadero de cloacas. ¡Y pensar que de niños íbamos a pescar sabaletas en sus charcos! ¡Carajo! Me estoy volviendo un viejo anecdotero, que es en lo que acaban todos. Como si yo fuera la memoria de esta ciudad desmemoriada. ¡Y qué! Aquí estoy para recordarles a mis conciudadanos lo que quisimos ser y no pudimos, lo mucho que soñamos y lo poco que alcanzamos. Nos quedamos en puntos suspensivos, en ilusiones, en proyecto... Pues bien, cuando al azar de estas frases se junten las palabras injuntables y explote el cosmos, a esos puntos suspensivos les habré puesto punto final. Le dedico este libro, compadre.

Y ahora, con su permiso, voy a rezar las fincas que había a lado y lado de la carretera de Medellín a Envigado y que de tanto pasar frente a ellas me aprendí de memoria: La Luz, Vizcaya, Villa Lucía, San Juan, Castilla, Patio Bonito, Linares... Vaya diciendo *Requiescat in pace*.

—*Requiescat in pace, Requiescat in pace, Requiescat in pace...*

—Así no: con cada nombre. Lucerna: *Requiescat in pace*. San Fernando...

—*Requiescat in pace*.

—Santa Cruz...

—*Requiescat in pace*.

—Niza...

—*Requiescat in pace*.

Oviedo, La Francia, La Esmeralda... Y la más bonita, El Carmelo, de don Alejandro Ángel Londoño y misiá María Escobar Jaramillo, a quienes no he puesto en la libreta no porque no se hayan muerto (que bien muertos estarán ya que nadie vive ciento cincuenta años), sino porque no llegué a conocerlos.

—¡Y qué importa! Póngalos que usted ya es dueño de todos. ¡Hasta de los muertos ajenos!

—No. Yo a la Muerte no le trampeo.

Después de Envigado seguía Sabanera, pero no había que llegar hasta allí porque a mitad de camino entre esos dos pueblos quedaba Santa Anita, la finca de don Leonidas Rendón y misía Raquelita Pizano, mis abuelos, a quienes he tenido que poner, con dolor, en la libreta. Créame que sus muertes son las que más me han dolido, junto con la de mi perra Bruja.

—Leonidas Rendón...

—*Requiescat inpace.*

—Raquel Pizano...

—*Requiescat inpace.*

—Finca de Santa Anita...

—*Requiescat inpace.*

—Bruja de mi corazón...

—*Requiescat inpace.*

Treinta serían las fincas de la carretera a Envigado y Sabaneta. Ni una quedó. Todas las tumbaron. Se las llevó a todas el Ensanche, que en su afán de ampliar calles y carreteras tumba lo que se le atravesase con sus máquinas demolidoras: casas, fincas, hoteles, almacenes. Iglesias no, porque como estamos en un país cristiano... De buenos cristianos. O sea malos: oportunistas, egoístas, rencorosos, envidiosos, rezanderos, rapaces... Lambeculos de papa y comedores de animales. Amén de otras características que enumeré en *El río del tiempo* y que pasan de mil. Ladrones, hampones, matones...

—De éstos hay en todas partes.

—Pues sí, compadre, pero no en el grado sumo a que llegamos aquí. El súmmum del súmmum del súmmum. En cada uno de los rubros enumerados tenemos un récord Guinness.

—El hombre es malo por naturaleza. ¡Qué le vamos a hacer!

—Sí, pero no tanto como aquí.

—¿Que no? ¿Y los alemanes? Mataron a seis millones de judíos y nadie dijo ni pío.

—Lo que pasa es que hay mucha gente, compadre, esto está atestado, ya no cabemos.

—Y nada que sirve el sida.

¡Qué va a servir! Para semejante problemón el sida ha sido como unos paños de agua tibia para un cáncer de páncreas. Mis esperanzas las tengo puestas en el virus Ébola: San Francisco de Ébola, que mata en veinticuatro horas y que cuando se les escape de las aldeas de África en que lo han tenido confinado y cunda por el planeta va a acabar hasta con el nido de la perra. San Francisco de Ébola, *ora pro nobis*.

—Conteste *ora pro nobis*, compadre, cuando yo diga San Francisco de Ébola. San Francisco de Ébola...

—*Ora pro nobis*.

—Muy bien. Ya está aprendiendo a rezar. Para mí que usted se va a salvar y se va ir derecho al cielo. Siempre es mucho mejor el cielo que el infierno, ¿o no?

—¡Claro! En el infierno hay mucho cura, mucho papa, gente empalagosa y mala. El cielo en cambio está lleno de angelitos preciosos.

De Santa Anita no quedó un carajo, ni el montecito donde se alzaba. Lo cortaron de tajo con barrenas y excavadoras, y en ese sitio de ensueño en que se asentaba el paraíso construyeron un barrio de mierda para unos pobres de mierda. ¿Por qué será, compadre, que detesto tanto a los pobres? ¿Por paridores? Arriba del barrio se levanta, silenciosa, una montaña que algún día va a dar de qué hablar y va a salir en los periódicos. Cuando mi abuelo compró a Santa Anita ¿sabe qué le pronosticó mi papá? «Cuando menos se lo esperen se les va a venir encima esa montaña». Cincuenta años han pasado desde el pronóstico y ahí sigue la montaña. Mi papá resultó más impreciso que Nostradamus. Papi, doctorcito, desde aquí te digo que no veo la hora de poderte decir; «Tenías razón, se les vino encima la montaña».

Por primera vez, y por culpa de esta interminable llovera, un derrumbe acaba de tapar una urbanización de ricos: La Cola del Zorro, en el barrio de El Poblado, que es yendo para Envigado, que es yendo para Santa Anita, que es yendo para Sabaneta. Antes los derrumbes sólo tapaban barrios de pobres; hoy ya no discriminan. Y qué bueno porque los ricos allá también paren. Y entre que paren los pobres y que paren los ricos ya no cabemos y los jodidos van a ser no sólo los pobres y los ricos sino todos, hasta usted y yo que no nos reproducimos, y su mamá y la mía que ya murió y que no teníamos ni campo en el cementerio para enterrarla porque si afuera no caben los vivos, en los camposantos pululan los muertos. Es que el espacio no es elástico como sostenía el marihuana de Einstein. Mire esta Avenida Oriental: atestada. Cuento buses, cuento taxis, cuento motos. ¡Y el lumpen! Que no es contable, como no es contable un hormiguero... ¿Sabe qué me contestó el otro día uno de esos muchachos que usted se levanta en el parque cuando le aconsejé que no tuviera hijos porque no tenía con qué mantenerlos? Me contestó:

—Me consigo un marido rico.

—Será un marido a secas —repuse yo—, ¿pero rico? Aquí ricos no quedan. A los que no secuestraron y mataron los pobres los acaba de tapar el derrumbe de La Cola del Zorro.

¡Muchacho iluso! Además, con lo cara que está la vida y con lo baratos que están en Medellín los muchachos (¡como los producen al por mayor!), un muchacho vivo y co-leando aquí vale menos que un kilo de carne.

¿Pero saben qué sí quedó de Santa Anita? Unas piedras. Unas cuantas piedras del muro delantero que contenía la montaña, no se les fuera a venir encima a los viandantes de la carretera, como se les vino a los ricos el derrumbe de La Cola del Zorro. Ahí están todavía esas piedras que nadie ve, testimonio doloroso de mi felicidad perdida. ¿Me creerán que cuando volví a Santa Anita a ver qué quedaba de la

finca de mis abuelos y mi niñez y sólo descubrí esas piedras se me salieron las lágrimas?

—¿Usted llorando? No me lo imagino.

—¡Que si qué!

Una placa de mármol rezaba en la portada: «Santa Anita, 1935». La veo cuando quiero, hasta con los ojos abiertos: era una placa de mármol blanco, y por más señas, rajada de una pedrada. En la portada empezaba el caminito de entrada bordeado de carboneros, que son unos árboles. ¿Y saben de cuándo es la finca La Luz? De 1910. ¿Y Vizcaya? De 1900. ¿Y Linares? De 1895. ¿Y Patio Bonito? De 1890, la más vieja. ¿Se pueden imaginar lo lejos que está 1890 de ahora? Una eternidad sin retorno. Patio Bonito era de don Abraham Escobar y de misiá María Jesusa Arango. ¿Y Santa Anita? ¿De quién era, compadre, Santa Anita? ¿Cómo se llamaban sus dueños?

—Se me olvidó.

—¡Carajo! Entonces no le cuento más. Se llamaban don Leonidas Rendón y misiá Raquel Pizano, mis abuelos.

Y si quiere quitarles el don y el misiá, se los quita que ya están bien muertos y a los muertos los títulos y las dignidades les sirven para un carajo: para lo que si! Ven las tetas de los hombres. Ni les sirven, tampoco, los homenajes. A mí que no me vayan a promover homenajes cuando me muera que no los quiero. Ni crucifijos, ni discursos, ni flores, ni entierro, ni ninguna de esas faramallas. Me creman y listo. Ahora que si el que se muere primero es usted, compadre, le prometo que no le voy a organizar ningún homenaje porque ¿por qué? Al final de cuentas, ¿quién es usted? Un empleadillo de la alcaldía que trabaja en una oficinilla del último piso del Palacio Nacional. ¿O digo mal? Corríjame si yerro. Desde ese último piso del Palacio Nacional es desde donde se tiraban en Medellín los suicidas. Como esa pobre sirvienta despechada que se tiró porque la dejó un soldado. ¡Y quién no, por Dios, cómo la entiendo! ¡Ah placeres los que le habría dado el hijueputa!

Y si les menciono como mis abuelos sólo a dos y no a los cuatro que debí haber tenido es porque sólo tuve dos: los maternos. A los paternos no los conocí pues habían muerto cuando nació. Por eso no los tengo en la libreta. Muertos están, sí, mas como nunca los vi... No llenan los requisitos esenciales. ¿Cómo se llama usted, a propósito, compadre, para ponerlo en la libreta en el caso de que se muera antes que yo? Que no creo, Dios libre y guarde.

Con sus impuestos y valorizaciones el gobierno me tumbó pues las fincas de la carretera a Santa Anita, el camino a la felicidad. El máximo atracador en Colombia es el gobierno. Y no les arreo la madre a esos venales por pulcritud de lenguaje, pero hideputas es lo menos que les habría dicho don Quijote.

—Dígaselos entonces en argentino: la puta que los pario.

—No se dice «dígaselos», compadre, porque lo que usted les va a decir a ellos es una sola cosa: el plural está en el dativo «Se», no en el acusativo «lo». El gobierno les hizo invivible la vida a los ricos cargándolos de «valorizaciones». Si asphaltaban una carretera a diez kilómetros de Santa Anita, doña Raquel, la viuda, pagaba tanto de valorización. Si ampliaban la tal carretera, tanto más. ¿Y por qué, si la tal carretera no era ni siquiera la que pasaba frente a Santa Anita? ¿Y por qué, si mi abuela no tenía carro ni manejaba? ¡Cómo iba a manejar una señora de tan altísima calidad y decencia! Y vieja. ¡En mis tiempos en Colombia no manejaban ni las putas! De valorización en valorización mi abuela tuvo que vender a Santa Anita para irse a vivir a una casita estrecha, con un zaguancito estrecho y un patiecito estrecho, en nuestro barrio de Laureles. Allí iba a visitarla cuando regresaba por unos días de México.

—No te volvás, m'hijo, pa' México, quedate aquí conmigo que estoy muy sola.

—El año entrante vuelvo a quedarme aquí contigo definitivamente, abuela. Para siempre, hasta que nos muramos.

Volvía, sí, pero sólo por unos días al año. Y de vuelta en vuelta se nos fueron pasando los años hasta que un día me llegó una carta de mi casa a México dándome la noticia de que la abuela había muerto. Después se me murió la Bruja... Después mi hermano Daría... ¡Chupasangres los del gobierno! Al final le cobraban impuestos hasta por los árboles que tenía. Y los iban contando: dos mangos, dos mandarinas, diez naranjos y uno especial, el de las naranjas ombligonas, que pagan el doble porque como son tan grandes... ¡*Figli diputtana, hideputas, fils depute, salauds*, la puta que los parió! Mañana salgo con una escopeta de dos cañones y le vuelo la puta testa al alcalde.

Y tenía también Santa Anita un platanar y un cafetal y vista por delante y por detrás. Por el corredor delantero veíamos a Itagüí y el amplio valle, y por el de atrás la montaña, que en últimas no se nos vino encima. Queriendo o no tuvieron que vender los ricos sus fincas. ¿Pero rico el que siembra, como mi abuela, con sus manos el café, y lo limpia grano a grano separando los buenos de los malos? Ay Raquel Pizano, abuela, la eternidad nos separa. ¡A ver qué día la Muerte nos vuelve a juntar!

¿Y para qué tumbaban las fincas si no le hacían daño a nadie? Para construir en sus terrenos edificios (portacomidas, fiambreras, portaviandas) donde hacinar a la chusma desfondada que seguía pariendo. No hay mal que padezca Colombia que no se remonte a la Iglesia o al gobierno. A la Iglesia de los zánganos y al gobierno de los que dijimos. No vote nunca, compadre, ni vaya a misa, no se manche las manos ni se deje engañar que por lo que a mí respecta, me limpio el culo con la Biblia y la Constitución de Colombia. ¿Que sabe con cuántas erratas promulgaron?

—¿Con unas quince?

—¡Con ciento ochenta!

—¡Ah bellacos! Cuando saque la escopeta de dos cañones me llama, nos vamos al congreso y hacemos una carnicería.